

7. Niños y ancianos

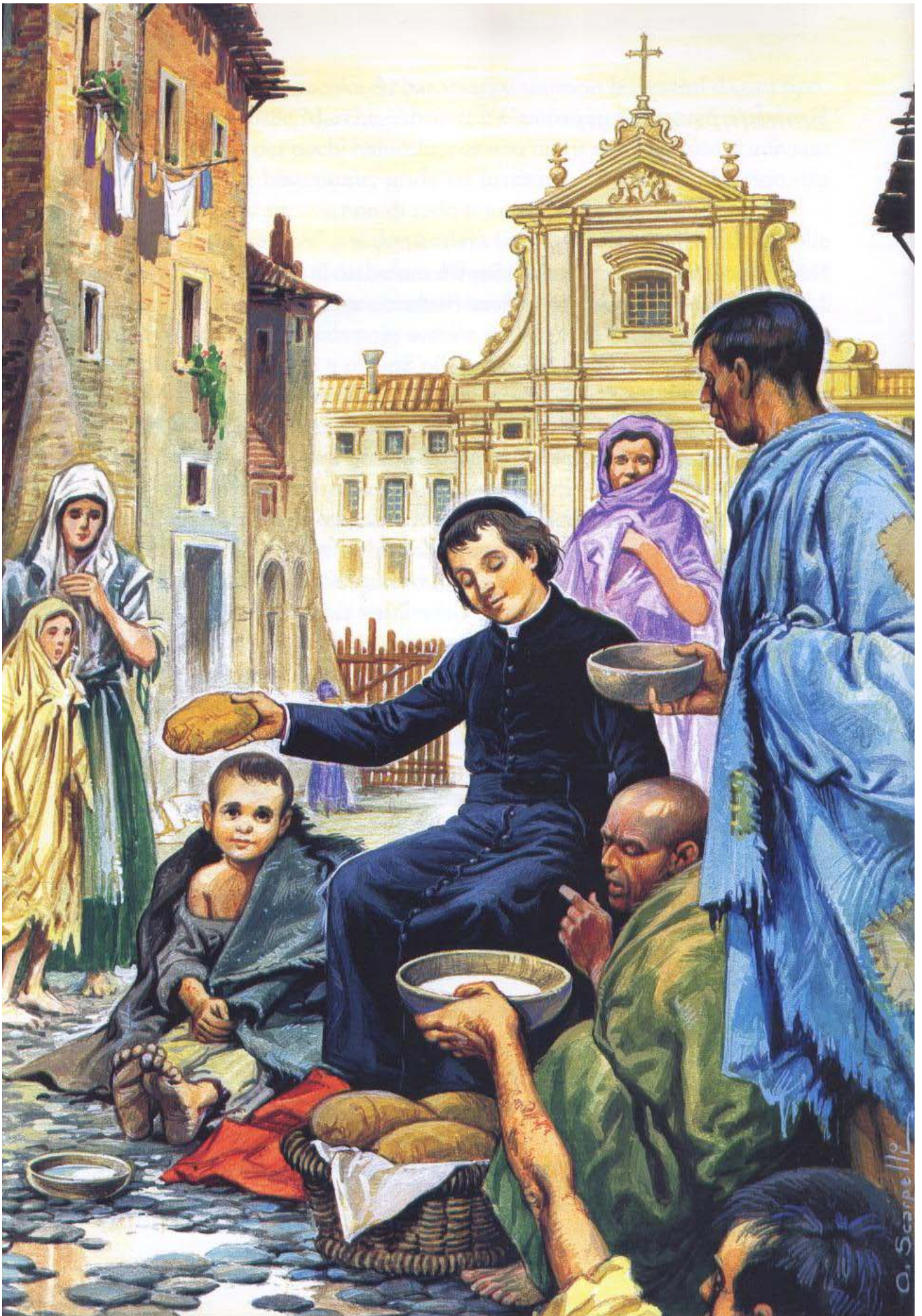
"Muchas personalidades eminentes y muchos Santos han puesto sus acciones y llevado su contribución a la inmensa riqueza espiritual de tradiciones, instituciones, obras de bien de las que andaba muy orgullosa la Roma del '800 y que la convirtió en capital del Espíritu y de la caridad, pero sin duda nadie como San Gaspar". Así escribe el biógrafo de don Giuseppe De Libero. El joven del Búfalo, con mucho desempeño, quemó etapas, se insertó de golpe en la vida romana religiosa y social de esa época y no fue solo un participante más, sino el animador de innumerables actividades.

Como siempre, se ocupa del espíritu y del cuerpo. Crea *grupos de oración*; promueve la *adoración perpetua*, diaria y nocturna, la Eucaristía; da conferencias, forma un grupo de *catequistas* bien preparados para la educación de los niños y adultos en la Ciudad y los pueblos vecinos; organiza visitas a los enfermos en hospitales y hogares, y promueve diversas iniciativas la caridad.

Tal vez nadie sabe que el joven Gaspar fue el primero en idear el *teatro parroquial*, ya que deseaba que los niños fuesen santamente alegres; escribía el mismo dramas y comedias, y también fue un director muy bueno, muy cierto que, entre los espectadores, no faltaban hombres de cultura, personalidades e incluso cardenales.

Es el caso de preguntarse si hay un sólo lugar de Roma de las miles iglesias y mil obras de bien en las que no haya cumplido su apostolado el joven Gaspar. "movido por su gran amor por el prójimo - Se informa en los Procesos de Canonización - se hubiese partido en cien con tal de abrazar a toda la las obras de caridad".

Un día pasó frente el *Hospicio de San Galla*, erigido por el Papa Gregorio, a los pies de la *Rupe Tarpea*, donde la patricia Galla había hecho su noble palacio el centro de caridad al tiempo de los primeros cristianos. En aquel hospicio muchos sacerdotes romanos, entre ellos los Santos De Rossi y Parisi, habían competido para aliviar los sufrimientos de los romanos pobres y enfermos. Gaspar, viéndolo abandonado ya en ruinas, sintió una punzada al corazón y gritó a sí mismo y a los demás: "*¡Debe resucitar de nuevo!*" Y pasó de inmediato a la acción.



“*Estás loco - le dijeron - ¡No lo han logrado hasta ahora muchas personas más importantes que tú! ¡Pecas de arrogancia, pobre curita!*” Ellos no entendían que el amor derrumba todos los obstáculos...

Encontró antiguos benefactores, y buscó nuevos; arrastró a los inciertos, tendió la mano, tocó las puertas, comenzó la limpieza y alguna restauración, rehabilitando funciones y usos; instruyó y socorrió. En su corazón el fuego se expandía y encendía a los demás. Iba por las calles, plazas, barrios pobres, los barrios pobres. Reunía niños, ancianos, personas enfermas que pululaban en todas partes, lleno de piojos, tiña, repugnantes, apenas cubierto por jirones que dejaban ver la suciedad y las llagas. “*¡Vengan, vengan a Santa Galla!*”- decía. Él que no podía tolerar ni siquiera una mancha en su vestidura, cargaba sobre sus hombros aquellos restos humanos y los llevaba al hospicio. Allí, encontraban limpieza y cuidado, un plato de sopa, que calentaba el estómago, y el gran amor de Gaspar que calentaba el corazón. Se preocupaba del cuerpo de los pobres y redimía sus almas. “*¡Ser pobres, querido hermanos, no es una vergüenza!*” - Decía - “*¡Cristo fue pobre y ustedes son la herencia de Cristo!*”

El celo lo llevó también en la *Casa de Corrección*. Los muchachos, acostumbrados al látigo, se quedaban fascinados por aquel joven cura que les hablaba con tanta dulzura y no traicionaron su confianza, cuando, bajo su responsabilidad, los llevó a caminar libremente por las calles de Roma. Adultos salidos de aquella Casa, sabrán por quién ir.

Gaspar también tuvo tiempo para pasar muchas horas en el *Hospital de los Cien Curas*, donde se encontraban sacerdotes mayores, donde la edad y el mal los dejaron al olvido. Hermosa imagen la del joven que, en el umbral de la ordenación sacerdotal, impulsado por un afecto compasivo, se siente atraído y retenido por viejitos que lo han precedido y que están a punto de morir.

¡Por supuesto que no todas son flores! Gaspar está tachado de quién sabe cuales objetivos e incluso beneficios. Pero, siempre pasa, es un coro de bendiciones. Una multitud de niños corren detrás de él y lo llaman, los ancianos se conmueven, las mamás lo miran con ternura.

El pueblo siempre sabe distinguir quién lo ama de verdad.